

El mal de Casandra

Alerta

MUESTRA GRATUITA DE LECTURA

CON PLUMA Y PIXEL

Título: *El mal de Casandra*

1.^a Edición: diciembre de 2020

© 2018, Alerta, por el texto

© 2020, Con Pluma y Píxel, por la presente edición

<https://www.conplumaypixel.com/>

© 2020, Con Pluma y Píxel, por la maquetación y el diseño

ISBN-13: 978-84-121601-3-0

Depósito legal: LR-681-2020

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Para mi madre,
porque sin su cariño y su infinita paciencia,
yo no sería la que soy ahora.
Te quiero.*

*Y para Andrés,
por creer en mí cuando ni yo misma lo hago
y por acompañarme en cada proyecto en el que me embarco.
Sin ti, esta historia no existiría.*

*«Una princesa dormida en un castillo vacío
al despertar se dio cuenta que estaba fuera de sitio.
En medio de la ciudad anda arrastrando su traje,
las joyas de su corona no sirven para este viaje».*
“Alerta”, Amaral

*«¿Qué diría de este mundo un viajero del futuro
de un planeta más allá de las estrellas?
Si hemos roto con los bosques, roto nuestras propias voces,
y aunque nadie escuche, aún se oyen...
Con nosotros mismos, con la eternidad,
porque estamos todos bajo el mismo vendaval».*
“Rosa de la Paz”, Amaral

*«Dicen que en algún momento
todos nos dimos cuenta
que íbamos cuesta abajo y sin frenos,
pero no nos quitamos la venda».*
“Sigue caminando”, Celtas Cortos

Niria

Se miró en el espejo y fue incapaz de reconocerse. Su larga melena negra, que solía llevar suelta, estaba peinada en un complicado recogido de trenzas que le caían por la espalda. Agarró una entre sus immaculados dedos y la colocó sobre su hombro, buscando una apariencia más descuidada.

Se sentó en el tocador y estudió con detenimiento su aspecto: se sentía irreal, como si aquella muchacha de piel blanquecina y lujosas joyas colgando del cuello no fuera ella. Echaba en falta las pecas que solían decorar su rostro y la sobriedad de su cuello prácticamente desnudo. Se sentía ahogada, encadenada; aquellas joyas representaban su condena.

Era el día de su presentación en sociedad como la futura reina de Caliria, la prometida del rey.

Colocó las manos sobre el eterno collar de perlas con la intención de deshacerse de él cuando alguien llamó a la puerta. Lo dejó en su lugar, se adecentó el cabello frente al espejo y permitió que las doncellas accediesen a sus aposentos. Llevaban entre las dos un complicado vestido de color aguamarina y, tan pronto como lo dejaron sobre la cama, comenzaron a prepararla.

—Señorita Niria... —comenzó una de ellas.

La joven princesa la miró con aprensión, dedicándole una sonrisa triste. Todo el personal del castillo sabía que no quería que nadie se dirigiese a ella, ni tratase de hablar con ella. Había decidido guardar silencio como protesta ante ese matrimonio no deseado. La doncella bajó la mirada y no volvió a abrir la boca mientras estuvo en aquellas habitaciones, ni siquiera para hablar con su compañera. Si su futura reina había decidido hacer aquel voto de silencio, ellas no serían quienes le hicieran romperlo. Respetaban demasiado aquella figura triste que vagaba por el castillo, y entendían su decisión.

Niria se dejó aprisionar dentro de aquel vestido. El color acentuaba las motas verdes de sus ojos castaños, y el entallado realizaba su figura. Siguió en silencio los movimientos de las dos muchachas que el rey había puesto a su servicio y, cuando estas desaparecieron, volvió a colocarse ante el espejo. Tuvo que admitir que el color del vestido era precioso, pero eso era lo único. La tela superior estaba cosida en seda y raso, y las mangas y la espalda dejaban entrever su piel. Tenía los hombros descubiertos, y el cuello del vestido desembocaba en un llamativo escote, cerrado en un conjunto de botones que bajaban por el entallado hasta el comienzo de la falda, ligeramente abombada por el canchán que habían colocado en su cadera.

Se sintió incómoda con aquellas ropas, más propias de una dama de la noche que de una princesa. Desvió la mirada hacia la cama buscando el chal que debería acompañar al vestido, pero no encontró nada. Se trataba de un castigo de su prometido, al que ya había rechazado en una ocasión y lo hubiera vuelto a hacer si le hubiera estado permitido. Pero ahora que Leyre no estaba tenía que enfrentarse sola a su destino. Se alisó los pliegues de la falda, la levantó para no pisarla y, con difi-

cultad, se sentó sobre la cama, procurando no respirar demasiado fuerte para que aquellos ajustados botones no saltaran de su sitio. Ahora llegaba la peor parte: esperar hasta el comienzo de la fiesta.

En un gesto distraído, se llevó la mano al cuello, pero tropezó de nuevo con las perlas de aquel detestable collar. Le volvieron a la mente las palabras escritas con delicadeza en el pergamino que lo acompañaba, firmadas por el propio rey Héctor: «Un hermoso collar para una preciosa mujer, cuya belleza eclipsa la de cualquier joya que pudiera regalársele. Os ruego luzcáis este collar con la pasión de una verdadera reina». Había leído aquella nota más veces de las que creía conveniente admitir antes de romperla en pedazos.

Niria era consciente de la amenaza escondida bajo aquellas palabras, una amenaza tangible, capaz de cortarle la respiración. Era sabido que el rey no deseaba una esposa, ni una reina para Caliria: quería una esclava, una sombra que le apoyara en todas sus decisiones y que le acompañara siempre, tanto dentro como fuera de la alcoba. Esa fue la razón por la que su hermana murió.

Leyre... La echaba tanto de menos. Cuando el entonces príncipe Héctor se encaprichó de Niria, ella era demasiado joven, y sus padres aceptaron las insistencias de su hermana mayor, Leyre, para ocupar su lugar. Aquello sucedió tres años atrás, cuando Niria tenía tan solo quince años. Por mucho que le pesara al rey, las leyes permitían que la familia escogida para la alianza ofreciese a las hijas que decidieran. Fue aquello lo que la salvó, y lo que condenó a su hermana. Leyre no quería

casarse con el príncipe, no tenía aires de grandeza: no quería ni joyas ni dinero, ni ser reina. Ella solo quería ser feliz, pero había algo que le importaba más que su propia felicidad: la de su hermana pequeña. Y la felicidad de Niria no pasaba por esa boda. Ella no hubiera soportado una vida como aquella, no hubiera podido ser la compañera de Héctor, ni hubiera podido llegar a quererle nunca. Leyre lo sabía, y por ello insistió en ser la única candidata de su familia para desposarse con él. Pero no contó con que aquello le costaría la vida. Tras la boda, Leyre no quiso entregarse, no quiso culminar la unión, y, en un ataque de ira, el príncipe le arrebató la vida. La muerte de la joven se disfrazó de un fatídico accidente y nadie fue capaz de volver a hablar de ello nunca. El temor a las atrocidades de Héctor era superior a la pena por la muerte de una muchacha de diecisiete años, aunque fuera la princesa. Todos fingieron olvidarlo, todos menos Niria. A pesar de la inminente boda, ella odiaba al rey. No era ese odio temeroso que infundía a todos los ciudadanos, no. Aunque también lo temía, sentía hacia él un odio visceral. Eran cosas completamente distintas.

Se incorporó, recorrió los pocos metros que la separaban de su tocador y abrió la pequeña caja de madera que había sobre él. Aquella era una de las escasas pertenencias que le habían permitido conservar cuando fue trasladada al castillo, tras la ostentosa pedida. Sacó con cuidado el anillo que había en su interior, lo soltó de la cadena que pasaba por su interior y se lo colocó en el dedo. Aquel gesto le hizo sentirse protegida. Supo que, mientras le quedase esa joya, le quedaba un brote de esperanza y podría enfrentarse a todo lo que le esperaba.

Al atardecer, las mismas doncellas que habían acudido horas antes para vestirla fueron a buscarla para dar comienzo a la fiesta en la que sería presentada como la futura reina de Caliria, iniciándose así los festejos de la boda del rey Héctor. Tapándose el escote como pudo, Niria caminó tras ellas con expresión abatida. Al llegar a las escaleras que bajaban directamente al salón, el rey en persona estaba esperándola. Sin mediar palabra, lanzó a sus pies el chal que debía acompañar a su vestido y comenzó a bajar las escaleras con paso resuelto. La muchacha se apresuró a recoger la prenda y colocársela lo mejor que pudo, y fue tras él. Una vez abajo, Héctor la estaba esperando con el brazo dispuesto para que se agarrase a él y una sonrisa en la cara, más semejante a una amenaza que a un gesto de aprecio. Era la sonrisa de un depredador a punto de saltar sobre su presa. Niria le devolvió la sonrisa, imprimiendo en ella todo el odio que fue capaz.

Paseaban despacio, deteniéndose cada pocos pasos para que todos los invitados pudieran contemplar a la que, al día siguiente, se convertiría en la nueva esposa del rey. Algunos parecían emocionados, otros simplemente acudían a aquella celebración por compromiso, aunque la mayoría lo hacía tan solo para no caer en la lista negra del rey. Niria les saludó a todos con una sonrisa y una inclinación de cabeza. Ni una palabra, ni un leve murmullo, ni el más mínimo sonido procedente de su boca. Lo único que emanaba de ella era un valiente silencio y una tristeza desgarradora. Algunos invitados se sintieron turbados ante los visibles sentimientos de su futura reina, otros culpables, pero la mayor parte de ellos no parecieron percatarse del mutismo en el que se hallaba sumida.

Al rey le ofendía el comportamiento de su prometida, pero hacía serios esfuerzos para que no se le notase, al menos en presencia de sus invitados. Ya tomaría cartas en el asunto cuando acabase la fiesta. Ante la negativa de Niria a hablar, se había extendido el rumor de que la pobre había perdido trágicamente la voz tras la muerte de su hermana. Y todo el mundo se creyó aquella mentira, pero ¿por qué no iban a creérsela? Nadie ponía en tela de juicio nada que tuviera que ver con su rey, pues aquello, en el mejor de los casos, podía llevarte a la ruina. Solo el rey y el servicio del castillo conocían la verdad: al enterarse de su compromiso, la joven había jurado no volver a abrir la boca si se la obligaba a casarse. Y el rey, en su cabezonería, no cedía ante la silenciosa protesta, aunque poco le importaba que su nueva esposa no hablase.

Aprovechando un despiste de su acompañante —o de su captor, según se mirase—, y asumiendo las posibles consecuencias, Niria se escabulló hasta el jardín en busca de un poco de tranquilidad. Odiaba a Héctor, odiaba estar junto a él, pero odiaba aún más tener que fingir que no lo odiaba. Bajó la escalinata de piedra con parsimonia, respirando aire fresco por primera vez en el día. Cuando lograba estar a solas entre los árboles de aquel jardín se sentía un poco más feliz y un poco menos desdichada, como si el sonido de la brisa entre las hojas y la melodía de los árboles creciendo la acunasen hasta lograr tranquilizarla. Subiéndose el vestido para no mancharlo, caminó hasta el banco donde solía sentarse. Nunca había ido allí a aquellas horas de la noche, y era casi incapaz de ver el camino en la oscuridad.

Cuando ya llevaba unos minutos sentada, dejándose arrullar por la música del bosque, una luz rompió el embrujo de la oscuridad. Era una luz blanca, fija en algún lugar entre los árboles. Como hechizada, Niria se levantó y avanzó hacia ella. Sintió que aquella luz hacía lo mismo. Cuando ya estaba cerca, otras luces similares acudieron al encuentro de la primera, rodeando a la muchacha, pero ella apenas fue consciente de ello. Seguía hechizada por la primera luz, de la que apenas le separaban unos centímetros. Sintiendo que desaparecería en cualquier momento, alzó la mano tratando de alcanzarla, a lo que la luz respondió rozando delicadamente el dorso de su mano antes de desvanecerse. Al desaparecer las luces, la chica volvió en sí y fue consciente de la voz que la llamaba desde el otro lado del jardín: era la voz de Héctor. Sintió deseos de huir, pero el rey la encontró antes de que lograra decidirse.

A rastras, el soberano la condujo de nuevo al interior del castillo. No dijo nada, ni siquiera gritó. Quizá fue eso lo que más la asustó. Sabía lo que la esperaba en cuanto la fiesta acabase, pero antes había que continuar con el espectáculo. A pesar de que las represalias iban a ser las mismas, Niria no fue capaz de desobedecerle de nuevo y siguió caminando a su lado, encadenada a él, hasta que todos los invitados abandonaron la fiesta.

Fue entonces cuando comenzó la función. La chica se liberó del brazo de su acompañante y se dirigió con calma hacia las escaleras, con intención de salir de allí lo antes posible, pero sin despertar sospechas. Aunque sabía que aquello nunca funcionaba, no perdía la esperanza de poder huir algún día. Con un par de zancadas, Héctor la alcanzó y la agarró con fuerza del brazo, tirando para que se diera la vuelta. Niria se resistió, trató de continuar andando, pero era mucho más débil que él.

Cuando consiguió que se girase, la soltó y, acto seguido, le dio una bofetada que le rompió el labio. Del impacto, la chica cayó al suelo. Sangraba, pero no era capaz de llevarse la mano a la herida. Tampoco era capaz de mirar a Héctor, ni de llorar. Se quedó quieta, en silencio, esperando el siguiente golpe, que llegó en forma de patada.

El temporal cesó antes de lo que ella esperaba. Acurrucada en el suelo, con la cabeza escondida entre las rodillas, Niria esperó y esperó, pero Héctor ya hacía tiempo que se había marchado. No había terminado de desahogarse, pero se contuvo: no la quería demasiado magullada para el día siguiente.

La chica subió a duras penas hasta sus aposentos, situados en una de las torres. Aquella iba a ser la última noche que pasaría allí, sola. Al menos, durante el tiempo que pasaba en ellos, podía dejar de pensar en Héctor, de mirar a su alrededor temiendo que volviese a aparecer, de verlo en todas las esquinas. Se imaginaba sus ojos llameando, su mueca de desprecio y desseo, su postura altiva y amenazante... Tembló. Había pensado en escaparse tantas veces que no recordaba cuál fue la primera, pero sabía que era imposible. El castillo tenía una seguridad férrea, era imposible moverse entre sus alas sin tropezar con guardias. Y sus aposentos eran tan altos que nunca podría escapar con vida de allí.

Amaba demasiado la vida, pero muchas veces se había imaginado cayendo desde la torre, poniendo fin a aquello, liberándose así de una boda que la aterraba, de un futuro con aquel ser despreciable, con la persona a la que más odiaba en el mundo.

Sí, había pensado en morir, en quitarse la vida. A veces incluso lo deseaba. Pedía perdón a Heylen por ello.

Aunque, de todas formas, era posible que a la noche siguiente ya estuviese muerta.

Heylen

A pesar de la tiranía de su soberano, Caliria siempre había sido un reino rico y apacible. Aquello se debía, sobre todo, a los peregrinos que llegaban hasta allí todos los años; pues Silveca, la capital del reino, era famosa no solo por el castillo al que daba nombre, que había sido el hogar de la dinastía Reuss desde que llegó a aquellas tierras, sino por el inmenso árbol que crecía en ella. Lo llamaban el Árbol de Luz, y era el lugar más sagrado de todo el planeta. Las leyendas, que se remontaban a los Tiempos Negros, contaban que allí, justo donde se situaba aquella colosal creación de la Naturaleza, se había sacrificado Heylen.

Heylen era mucho más que una profetisa de la diosa Madre, se había convertido en la base y la razón de toda una cultura. Era la Gran Benefactora, la Salvadora de la Humanidad, la mujer que murió por salvar a la Naturaleza. Por ello, aquella cultura veneraba las plantas, los bosques y, por encima de todo, el Árbol de Luz, pues en su interior aún habitaba el alma de Heylen. Y es que la diosa Madre, la Naturaleza, hizo crecer aquel árbol único de su tumba, de su cuerpo, y Ella había quedado inmortalizada dentro de él. Era por eso por lo que todos los niños crecían adorando los bosques, lo más sagrado des-

pués de Heylen. Decían que aquellos árboles eran mágicos, y que podían dotar a los hombres de dones mágicos si sabían escucharlos.

Era posible que, si en lugar de mirar los árboles tan de cerca, hubieran visto en verdad los bosques, si se hubieran detenido a escucharlos, hubiesen sido conscientes de lo que ocurría en ellos.

El Castillo de Silveca estaba situado en lo alto de la montaña; el bosque crecía a su alrededor y se extendía montaña abajo. Desde las torres del castillo se veía la ciudad y el Árbol de Luz. Pero apenas podía verse el bosque, y mucho menos lo que sucedía en él.

Allí abajo, el bosque empezaba a iluminar la noche. Las luces se movían por entre los árboles, posándose sobre su corteza, entrando en ellos, rozándose entre sí. El bosque entero estaba intranquilo, como esperando algo. Y así era. De pronto, una luz difusa surgió de la tierra. No era como las demás: al contrario que el resto de las luces, que se movían con una única voluntad, esta última parecía obedecer a otro anhelo.

Deslizándose por el bosque, la luz fue acercándose cuidadosamente hasta los muros del castillo. El resto de las luces, curiosas, la siguieron, pero, cuando abandonó sus límites, el bosque decidió detenerse y observar desde la distancia. La luz flotó sobre los muros del castillo, deteniéndose imperceptiblemente en cada ventana, hasta que encontró la que buscaba. Allí, en el interior, una muchacha dormía plácidamente, abandonada a un tranquilo sueño que le hacía olvidar la horrible realidad. A pesar de la calma que emanaba de ella, agarraba ca-

si con desesperación el colgante que pendía de su cuello, un anillo de plata que imitaba la forma de una corona de flores. Bajo el negro cabello, el rostro de la joven aparecía surcado por dos grandes ríos de lágrimas secas, y una oscura mancha empezaba a extenderse por su barbilla.

La luz se detuvo a observar la apacible respiración de la muchacha, que soñaba con no despertar, con huir de su destino. Al cabo de un tiempo, se alejó de la ventana y puso rumbo a un nuevo destino. El bosque observaba sus movimientos con curiosidad, las luces revoloteaban inquietas. Se movía lentamente, pero con decisión. Bajó la montaña, se internó en la ciudad y desembocó a los pies del Árbol de Luz. Allí se detuvo de nuevo, frente al gran árbol, durante horas y horas.

A la mañana siguiente la luz ya no estaba. Había desaparecido, o, quizás, había sido absorbida por el propio Árbol.

Y aquí, en esta interesante escena, tenemos que dejarlo. Si quieres saber cómo continua la historia, no dudes en pasarte por nuestra web para adquirir el texto completo:

<https://conplumaypixel.com/>

Gracias por leer.

El equipo de Con Pluma y Píxel

Acerca de la autora



Andrea Alonso Ferrández, alias **Alerta**, nació en Valladolid un día de primavera de 1996. Lectora voraz desde que cogió un libro por primera vez, rebuscaba en las estanterías de su hermana hasta que descubrió la Biblioteca. Su pasión por las historias de sus libros favoritos la impulsó a escribir las suyas propias, ganando con catorce años su primer premio literario en un concurso de su ciudad. Diez años después, su afición por las letras la ha llevado a graduarse en Español: Lengua y Literatura.

Con su primera novela, *El mal de Casandra*, pretende hacerse un hueco en la literatura juvenil, un mundo que le ha cautivado como lectora y escritora, pero también como filóloga.

Otros títulos

Librojuegos

- Lucha final (Flash Interactivo 1)
- Sombras demoniacas (Flash Interactivo 2)
- Cazador (Flash Interactivo 3)
- Tropas de choque (Flash Interactivo 4)
- Rescate en Remsis VII (La saga del Merc 1)
- Infierno púrpura (La saga del Merc 2)
- Cuenta Atrás (Acción 2.0)

Narrativa

- Hijos de la destrucción (Fantasía)
- Navescuela (Antología)
- Luna de sangre (Fantasía)
- El piloto... ¡de otro mundo! (Ciencia ficción)
- El rugido del dragón (Antología)
- Demonios en la cumbre (Fantasía)
- El mercader de Venus (Antología)
- ¿Un mundo mejor? (Ciencia ficción)
- Terror a cuentagotas (Antología)
- Mi Evolución Diamante (Ciencia Ficción)
- Primera luna llena de verano (Pluma Pocket 1)
- La alianza de Nuno (Fantasía)
- Micronomicón (Antología)

Manuales y guías

- Mundos Fantásticos: guía para la creación de mundos de fantasía (3.^a Edición)

En preparación

Zona límite (La saga del Merc 3)

El mercader de Venus Vol. 2 (Antología)

Los gamusinos (Fantasía)

El volante invisible (Pluma Pocket 2)

El imperio de Rueda (Juego de rol fantástico)

www.conplumaypixel.com